



HISTORIA

La celebración litúrgica de la Navidad, se ha originado en la misma gruta de Belén donde Jesús nació; allí los primeros cristianos de Palestina veían manifestada la virginidad de María, la divinidad de Cristo, la salvación de la Iglesia y la liberación de toda magia del mundo gentil.

Santa Elena construyó la basílica de la Natividad en el año 326, y a finales del siglo IV Egeria habla de la celebración –en los primeros días de enero– de una solemne vigilia en la gruta de la Natividad, pero como fiesta de la manifestación del Señor. La Epifanía del Señor el 6 de enero es celebración común en toda la Iglesia de Oriente y en parte de la de Occidente, donde entró en el siglo IV, en cuyos primeros decenios los cristianos de Roma fijaron en la fiesta civil del Sol Invicto la conmemoración de la Natividad del Señor. Los Padres de la Iglesia atribuyen una gran importancia a esta teología de la luz que es Cristo.

Extendida la fecha por todo el Occidente, llega a España en el año 385, y después también se va extendiendo por Oriente.

San León Magno con sus sermones natalicios impulsa la celebración, que se va enriqueciendo en Roma con varias misas, hasta llegar a la de medianoche en Santa María la Mayor (construida a imitación de la Natividad de Belén y con reliquias del pesebre).

La Edad Media dota a la fiesta de la Navidad de una gozosa grandiosidad, afirmando la presencia del misterio y viendo en la Encarnación del Verbo la consagración del universo. Con este sello medieval llega hasta nosotros.

Hoy es una fiesta litúrgica que ha penetrado en la cultura, de la que recibe influjos paganizantes



La octava de Navidad ha recuperado su primitivo sentido romano con una fiesta en honor de la divina y virginal maternidad de María. También es la Jornada de la Paz, conforme a la afirmación de san León Magno: “El nacimiento de Cristo es el nacimiento de la paz”.

LA IGLESIA EN EL TIEMPO DE NAVIDAD

La liturgia no se acerca a este acontecimiento con el sentimentalismo de cierta piedad popular, sino que contempla y celebra la Navidad a la luz de la Resurrección, pues es su condición necesaria, aunque la relación entre ambas supuso en la antigüedad un problema teológico.

Así, san Agustín ve la Pascua como un misterio presente y la Navidad como la celebración de un hecho pasado, por lo que traza una nítida línea a nivel celebrativo entre Pascua (sacramento) y Navidad (memoria).

Superando estas controversias teológicas, S. León Magno afirma con claridad que Navidad es misterio pero no independiente de la Pascua, sino como su inicio. “Hoy –afirma– el Hacedor del mundo ha nacido del seno virginal. El que ha creado todas las cosas se ha hecho hijo de aquella que él mismo ha creado. Hoy el verbo de Dios se ha manifestado revestido de carne: la naturaleza que nunca había sido visible a ojos humanos, ha empezado incluso a poder ser tocada por nosotros”.

Navidad es ya el inicio del sacramento pascual, el inicio de la redención, en la asunción por parte del Verbo de la naturaleza humana.

Paz, alegría y gloria son los tres conceptos de la más pura espiritualidad navideña, que se expresa en la riqueza litúrgica de este tiempo, cuyo eje teológico son los tres prefacios natalicios donde resuena incesantemente el hoy del misterio celebrado.

El centro de la celebración de Navidad es la Eucaristía, en la cual el misterio del Verbo encarnado se hace presente. En la celebración de la Eucaristía, el misterio de Navidad es proclamación y presencia salvífica de aquel que ha asumido nuestra humanidad para hacernos partícipes de su divinidad, de modo que el misterio de la Encarnación y Nacimiento de Jesús pertenecen ya al misterio de la Redención.

Incluso hay referencias al nombre de Betlehem (la casa del pan), que provocan resonancias patristicas en los sermones navideños, vinculando el misterio de la Navidad al misterio de la Eucaristía.



LA ESPIRITUALIDAD DE LOS PREFACIOS

El misterio de Cristo, luz del mundo

El tema de Cristo como luz del mundo es la idea central de la eucología romana, especialmente en los textos de la misa de medianoche. Este tema recupera simbólicamente los orígenes de la fiesta a partir de la claridad que inunda a los pastores de Belén mientras velan sus rebaños. Los primeros cristianos celebraban el misterio de la venida del Señor en la gruta de Belén, a la que llamaban caverna de la luz y de la vida. También el tema de la luz evoca la audaz sustitución de la fiesta romana del Sol Invicto por la solemnidad cristiana del nacimiento de Cristo, Sol de Justicia.

Navidad es misterio de luz. En el fulgor de esta noche se adivinan ya las luces de la noche pascual. En la mejor tradición litúrgica romana, Navidad es el necesario inicio del misterio pascual. En cierto modo, la liturgia celebra Navidad como Pascua, según un típico lenguaje oriental que en español ha permanecido: Pascua de Navidad. Pascua recuerda el misterio de la iluminación bautismal.

**En el misterio santo que hoy celebramos,
Cristo, el Señor, sin dejar la gloria del Padre,
se hace presente entre nosotros de un modo nuevo:
el que era invisible en su naturaleza
se hace visible al adoptar la nuestra;
el eterno, engendrado antes del tiempo,
comparte nuestra vida temporal
para asumir en sí todo lo creado,
para reconstruir lo que estaba caído
y restaurar de este modo el universo,
para llamar de nuevo al reino de los cielos
al hombre sumergido en el pecado.**

Prefacio II de Navidad.

El admirable intercambio de la encarnación

El vértice de la teología del misterio celebrado es la encarnación del Hijo de Dios como salvación de lo humano mediante el admirable intercambio (*admirable commercium*) que ya inicialmente nos ha redimido.

“Dios se hace hombre para que el hombre pueda ser Dios”, es el gran axioma de los Padres.

El misterio pascual, celebrado en la Eucaristía, iniciado en Navidad, es misterio de nuestra total reconciliación y es el don que nos permite tributar al Padre el culto digno de sus hijos; así el pecador se convierte en liturgo y ofrece con Cristo el culto filial al Padre.

Navidad se convierte en fiesta de la humanidad, celebración de nuestra filiación divina, gratitud por el misterioso y admirable intercambio de la encarnación, estupor por la salvación que trasciende el perdón del pecado, para ser elevación del hombre a la participación de la naturaleza divina de la inmortalidad.

Navidad es acción de gracias por el misterio, presencia del Verbo encarnado que ha muerto y ha sido glorificado, plena comunión con la carne y la sangre del Señor, asumidas de la Virgen María.

**Gracias al misterio de la Palabra hecha carne,
la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos
con nuevo resplandor,
para que, conociendo a Dios visiblemente,
él nos lleve al amor de lo invisible.**

Prefacio I de Navidad.

La restauración del universo

El nacimiento de Cristo restaura en el universo el orden que el pecado ha roto. Este es el sentido de la paz bíblica que con tanta intensidad resuena en la liturgia navideña.

Con el misterio del Verbo encarnado empieza la normalización del Creador con la criatura, en esa alianza entre lo divino y lo humano que se realiza en la carne de Cristo.

Armonía entre Dios y nosotros; entre el cielo y la tierra, paz entre lo divino y lo humano; entre lo eterno y lo temporal; ascensión en Cristo de toda la creación, elevación del cosmos, reconciliación del hombre pecador.

Navidad resulta en esta perspectiva litúrgica fiesta de la humanidad entera y de la naturaleza.

**Por Cristo,
hoy resplandece ante el mundo
el maravilloso intercambio que nos salva:
pues al revestirse tu Hijo
de nuestra frágil condición,
no sólo confiere dignidad eterna
a la naturaleza humana,
sino que por esta unión admirable
nos hace a nosotros eternos.**

Prefacio III de Navidad.





Por un admirable misterio
y por un inefable designio,
la santa Virgen concibió a tu Unigénito
y llevó encerrado en sus entrañas
al Señor del cielo.

La que no conoció varón es madre,
y después del parto permanece virgen.
Se gozó, en efecto, de dos gracias:
se admira porque concibió virgen,
se alegra porque alumbró al Redentor.

*Santa María,
Madre de Dios.*

En este tiempo has revelado,
desde el misterioso seno de una Virgen,
a tu Hijo Jesucristo,
sacramento de nuestra salvación
para luz de las naciones.

El cual, como el esposo que sale del tálamo
brilló ante nosotros como Señor y Salvador,
para sacarnos de las tinieblas
y sombras de muerte
al reino de la luz eterna.

*La Virgen María,
Madre del Salvador.*

MISAS DE LA

VIRGEN MARÍA

TIEMPO DE NAVIDAD

PREFACIOS



Por mediación de la Virgen María
atraes a la fe del Evangelio
a todas las familias de los pueblos.
Los pastores, primicias de la Iglesia de Israel,
iluminados por tu resplandor
y advertidos por los ángeles,
reconocen a Cristo Salvador.
Pero también los Magos,
primeros retoños de la Iglesia de los paganos,
impulsados por tu gracia y guiados por la estrella,
entran en la humilde casa
y, hallando al Niño con su Madre,
lo adoran como Dios, lo proclaman como Rey
y lo confiesan como Redentor.

*La Virgen María,
en la Epifanía del Señor.*

María, en Nazaret,
al recibir con fe el anuncio del ángel,
concibió en el tiempo
como salvador y hermano para nosotros
a tu Hijo, engendrado desde toda la eternidad.
Allí, viviendo unida a su Hijo,
alentó los comienzos de la Iglesia,
ofreciéndonos un luminoso ejemplo de vida.
Allí, la Madre, hecha discípula del Hijo,
recibió las primicias del Evangelio,
conservándolas en el corazón
y meditándolas en su mente.
Allí, la Virgen purísima, unida a José, el hombre justo,
por un estrechísimo y virginal vínculo de amor,
te celebró con cánticos, te adoró en silencio,
te alabó con la vida y te glorificó con su trabajo.

Santa María de Nazaret.



REFRESCANDO LA MEMORIA

NORMAS LITÚRGICAS

- 1.- El día 25 todos los sacerdotes pueden celebrar o concelebrar la eucaristía tres veces a condición de que sea a la hora propia (medianoche, aurora, o día).
- 2.- Los fieles que comulguen en la misa de medianoche pueden hacerlo de nuevo en la misa de la aurora o del día.
- 3.- En todas las misas del día 25 (incluyendo la vigilia del 24 por la tarde), el *incarnatus* del *Credo* se reza estando todos de rodillas.
- 4.- Las lecturas de las tres misas del día 25 se pueden utilizar libremente en cualquiera de las cuatro celebraciones; en cambio, los textos eucológicos han de ser necesariamente los propios de cada misa.
- 5.- Al no haber domingo de la infraoctava, la Sagrada Familia se celebra el 30 de diciembre con categoría litúrgica de fiesta (por tanto, sólo con primera lectura).
- 6.- Misas de difuntos:
 - exequial: NO en solemnidades de precepto; SÍ en domingos;
 - tras la noticia de la muerte, sepultura definitiva o primer aniversario: NO en domingos ni solemnidades; SÍ en fiestas, incluso dentro de la Octava.
 - cotidianas: NO en todo el tiempo de Navidad (OGMR, nn. 380-381).

RECOMENDACIONES

- 1.- Si en la misa vespertina del día 24 hay participación mayoritaria de fieles que no asistirán durante el día 25, usar lecturas de una de las tres misas de Navidad, pues las propias de la vigilia tienen marcado carácter de Adviento y esos fieles se quedarían sin el mensaje propio de la celebración navideña.
- 2.- Se ha de notar en el modo de celebrar, que Navidad es la segunda fiesta en importancia del año litúrgico, *después* de la celebración anual del misterio pascual. Del mismo modo, hay que manifestar que la solemnidad litúrgica de las celebraciones del día de Navidad sigue un itinerario creciente, desde la misa de la vigilia hasta la misa del día, que es la más solemne (aunque la más popular sea la de medianoche), lo cual puede destacarse reservando para la misma la incensación, la iluminación del Evangelio, el canto del prefacio y el resto de la Plegaria eucarística, etc.
- 3.- Acabada la celebración de la misa de medianoche y conforme se indica en el Bendicional (nn. 1267. 1269-1270), es conveniente bendecir el belén instalado en la iglesia, que hasta ese momento deberá permanecer apagado. Seguidamente se da a venerar (que no adorar –atención al lenguaje–) la imagen del Niño.
- 4.- Cuidar que el aspecto central del día 1 de enero (Octava de Navidad y solemnidad de Santa María, Madre de Dios), no quede eclipsado por los aspectos secundarios (jornada de la paz, primer día del año, circuncisión del Señor).
- 5.- Si alguna verdadera necesidad o utilidad pastoral así lo pide, a juicio del rector de la iglesia o del mismo sacerdote celebrante, se puede usar en alguna de las ferias a partir del 3 de enero, el formulario de la misa al comienzo del año civil (número 24 de misas por diversas necesidades).
- 6.- En la fiesta del Bautismo del Señor (último día de Navidad a la vez que primer domingo del tiempo ordinario), es conveniente sustituir el acto penitencial por la bendición y aspersion del agua. También conviene celebrar el bautismo de niños dentro de la misa. Terminadas las celebraciones de este día, se aconseja retirar de la iglesia todos los elementos navideños, de modo que en la primera celebración del día siguiente, el lugar tenga aspecto de tiempo ordinario.

“Oh Cristo, nuestro Dios, que, del seno del Padre eterno, resplandecías purísimamente antes de todos los siglos, y que en los últimos tiempos te hiciste hombre y naciste de la Virgen santa. Tú fuiste pobre para pobreza, recién ron en pañales, y acostaron en un cuidas de todo, bres alabanzas y taste la alabanza adoración de los que exultemos tial, y que here-alegría que está que celebran miento; porque tú eres glorificado con tu eterno Padre y tu santo Espíritu, todo bondad y vida, ahora y siempre por los siglos de los siglos amén”.



(Rito bizantino, oración final de la liturgia del 25 de diciembre).



EPIFANÍA Y BAUTISMO DEL SEÑOR

La fiesta de la manifestación del Señor, celebrada el 6 de enero, es de origen oriental, siendo su testimonio más antiguo el que ofrece Clemente de Alejandría. Al principio en Oriente esta fiesta comprendía también la celebración del nacimiento del Salvador, su manifestación en la carne.

En la raíz de la fecha elegida para esta celebración, encontramos una fiesta pagana de la luz celebrada en Egipto en tiempos antiquísimos, en honor del dios *Aion* (el tiempo).

La fiesta de Epifanía se celebra en Roma desde finales del siglo IV. Pero prevalece en ella la conmemoración de la manifestación del Señor a las gentes en la adoración de los tres Magos que son guiados por la estrella.

En el rito hispano-visigodo (también llamado hispano-mozárabe), la fiesta de la manifestación del Señor, acumula el recuerdo de la adoración de los Magos, del Bautismo en el Jordán, del milagro de la conversión del agua en vino y de la multiplicación de los panes.

Las cartas *festales* de la antigüedad, testimonian que en este día se anunciaban las próximas fiestas pascales.

La fiesta del Bautismo del Señor, que se celebraba ya anteriormente en el rito romano el domingo siguiente a la Epifanía, ha adquirido un cierto realce en la liturgia romana renovada como fiesta del Señor. En ella nos encontramos frente a una integración Oriente-Occidente en los textos y en la espiritualidad. Nótese, además, que la fiesta del Bautismo del Señor es el primer domingo del tiempo ordinario, como lo indica la rúbrica del Leccionario al comienzo del domingo segundo de dicho tiempo. Es la única vez en el año litúrgico que una misma celebración pertenece a dos tiempos litúrgicos distintos, lo cual abre una sugerente vía de aplicación pastoral: resulta que lo expresado en la famosa frase tantos años repetida de que “siempre debería ser Navidad”, en cierto modo es lo que hace la liturgia con este detalle que generalmente suele pasar desapercibido.

El tiempo de Navidad es idealmente el tiempo de la manifestación del Señor, desde las primeras revelaciones en el tiempo de la infancia (a los pastores, a los Magos, a Simeón y Ana), hasta la prolongación ideal a las primeras revelaciones de la vida pública: en el bautismo a Juan, a los primeros discípulos en las bodas de Caná, a la multitud en la multiplicación de los panes.

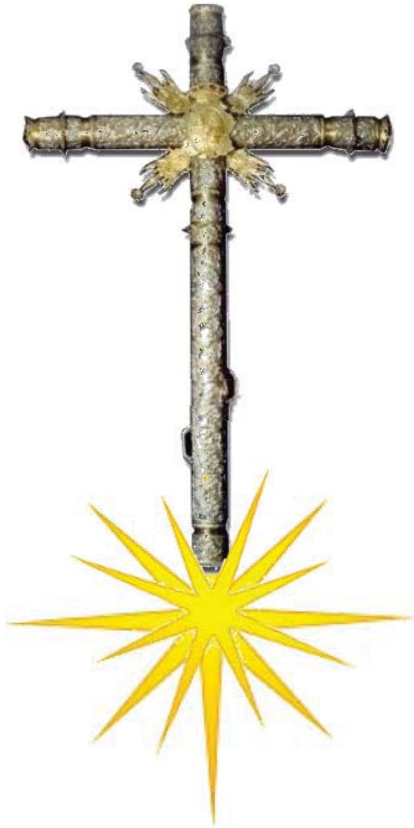
Estos episodios que la Iglesia proclama en el tiempo de Navidad, indican claramente cómo la meditación intensa de la liturgia no es simplemente episódica o cronológica –como una historia que se cuenta– sino misteriosa. Todo este dinamismo orienta el misterio de Navidad hacia su

desenlace, que es el misterio pascual de muerte, sepultura y resurrección, del que ofrece los primeros fulgores de revelación el anuncio de Simeón que presenta a Cristo como signo de contradicción en el momento de su presentación-ofrenda sacrificial en el templo.

En la Epifanía y en el Bautismo del Señor prevalece el tema de la luz. La manifestación del Señor es gloriosa porque la gloria, de la cual es signo la estrella que guía a los Magos, se posa donde Cristo está presente y es adorado. La luz revela a todos la realidad de Cristo que es luz de las gentes. La luz y la gloria evocan la fe; así viene expresado por los Magos que han buscado y encontrado. La fe se convierte en testimonio de vida para llegar a la contemplación de la gloria.

Los Magos son los primeros iluminados, primicia de todos los gentiles, llamados a compartir la gracia de la iluminación bautismal que conduce a la contemplación del misterio escondido en Cristo Jesús, pero también son los heraldos del misterio.

Como en Navidad, también en Epifanía y en el Bautismo se expresa la gracia de la llamada a la participación en la naturaleza divina, en la recreación del hombre a imagen del Primogénito. La humanidad de Cristo, tanto en la infancia, cuando es adorado por los Magos, como en la plenitud de su edad adulta, cuando es revelado en el Jordán como Mesías e Hijo amadísimo, es lo que permite a la divinidad del Verbo el pleno acercamiento y la total manifestación de su gloria. La humanidad de Cristo nos ofrece la posibilidad de entrar en comunión con su divinidad.





EL TIEMPO DE NAVIDAD SEGÚN BENEDICTO XVI



En la noche de Belén, es realmente un niño el que lleva sobre sus hombros el poder. En él aparece la nueva realeza que Dios establece en el mundo. Este niño ha nacido realmente de Dios. Es la palabra eterna de Dios, que une la humanidad y la divinidad. Para este niño valen los títulos de dignidad que el cántico de coronación de Isaías le atribuye: Consejero admirable, Dios poderoso, Padre por siempre, Príncipe de la Paz. Sí, este rey no necesita consejeros provenientes de los sabios del mundo. Él lleva en sí mismo la sabiduría y el consejo de Dios. Precisamente en la debilidad como niño él es el Dios fuerte, y nos muestra así, frente a los poderes presuntuosos del mundo, la fortaleza propia de Dios.

El cumplimiento de la palabra que da comienzo en la noche de Belén es a la vez inmensamente más grande y más humilde que lo que la palabra profética permitía intuir. Es más grande, porque este niño es realmente Hijo de Dios, verdaderamente “Dios de Dios, Luz de Luz, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre”. Ha quedado superada la distancia infinita entre Dios y el hombre. Dios no solamente se ha inclinado hacia abajo; él ha descendido realmente, ha entrado en el mundo, haciéndose uno de nosotros para atraernos a todos a sí. Este niño es verdaderamente el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Su reino se extiende realmente hasta los confines de la tierra. En cualquier lugar que se celebra la Eucaristía hay una isla de paz, de esa paz que es propia de Dios. Este niño ha encendido en los hombres la luz de la bondad y les ha dado la fuerza de resistir a la tiranía del poder. Él construye su reino

desde dentro, partiendo del corazón, en cada generación.

Damos gracias porque el Dios niño se pone en nuestras manos, mendiga, por decirlo así, nuestro amor, infunde su paz en nuestro corazón.

El Evangelio de Navidad nos relata al final que una multitud de ángeles del ejército celestial alababa a Dios diciendo: “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama”. La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres sin tener que preguntarnos por su utilidad. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría. Quien vislumbra a Dios siente alegría.

Lucas no dice que los ángeles cantaran.

Pero los hombres siempre han sabido que el hablar de los ángeles es diferente al de los hombres. Por eso, este canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios, más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios. *Cantare amantis est*, dice san Agustín: cantar es propio de quien ama. Así, a lo largo de los siglos, el canto de los ángeles se ha convertido siempre en un nuevo canto de amor y alegría, un canto de los que aman. En esta hora, nosotros nos asociamos llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une cielo y tierra, ángeles y hombres. Sí, te damos gracias por tu gloria inmensa, te damos gracias por tu amor. Haz que seamos cada vez más personas que aman contigo y, por tanto, personas de paz.

De la homilía en la Misa de Medianoche (año 2010).





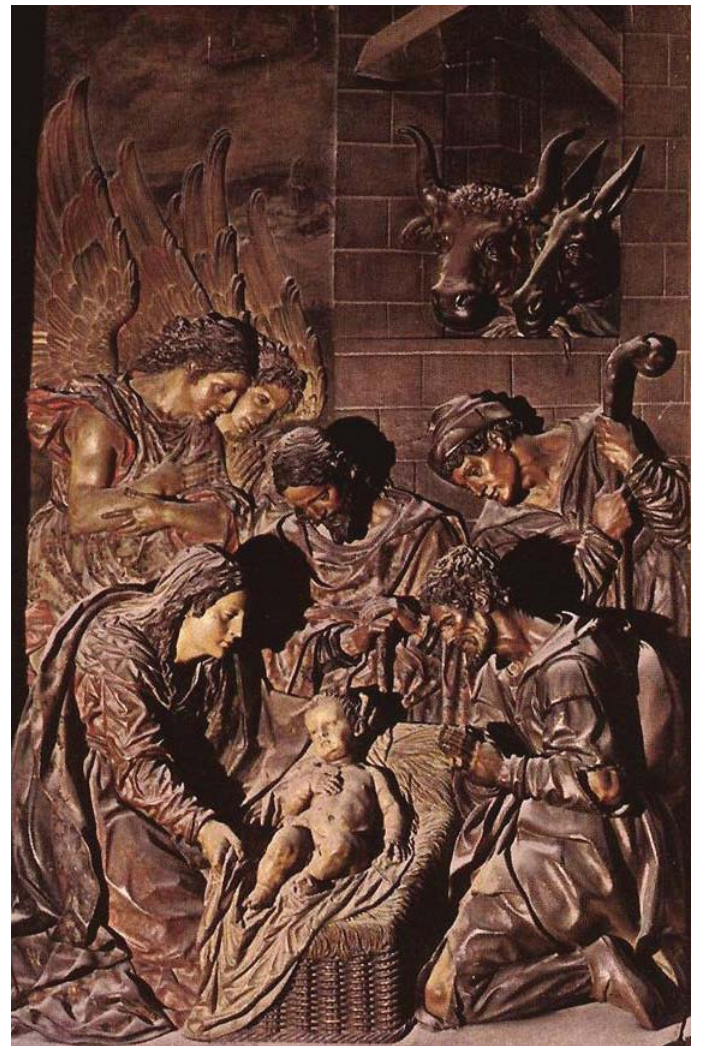
1 DE ENERO: SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

Todavía inmersos en el clima espiritual de la Navidad, celebramos hoy a la Virgen María, a quien la Iglesia venera como Madre de Dios, porque dio carne al Hijo del Padre eterno.

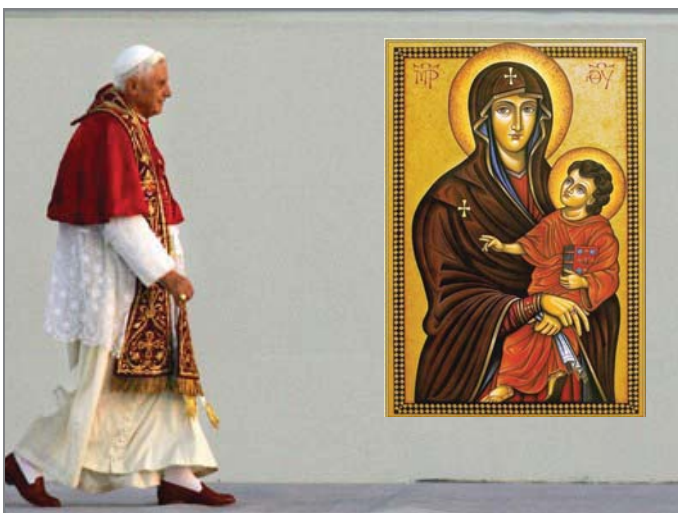
La Iglesia pide al Señor que bendiga el nuevo año que acaba de comenzar, con la conciencia de que, ante los trágicos acontecimientos que marcan la historia, ante las lógicas de guerra que lamentablemente todavía no se han superado del todo, sólo Dios puede tocar profundamente el alma humana y asegurar esperanza y paz a la humanidad. De hecho, ya es una tradición consolidada que en el primer día del año la Iglesia, presente en todo el mundo, eleve una oración coral para invocar la paz. Hoy rezamos a fin de que la paz, que los ángeles anunciaron a los pastores la noche de Navidad, llegue a todos los rincones del mundo.

El pasaje del Evangelio de hoy termina con la imposición del nombre de Jesús, mientras María participa en silencio, meditando en su corazón sobre el misterio de su Hijo, que de modo completamente singular es don de Dios. Pero este pasaje evangélico hace hincapié especialmente en los pastores, que se volvieron “glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto”. El ángel les había anunciado que en la ciudad de David había nacido el Salvador y que iban a encontrar la señal: un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al Niño. Notemos que el evangelista habla de la maternidad de María a partir del Hijo, porque es él –el Verbo de Dios– el punto de referencia, el centro del acontecimiento que está teniendo lugar, y es él quien hace que la maternidad de María se califique como “divina”.

Esta atención predominante que las lecturas de hoy dedican al Hijo, a Jesús, no reduce el papel de la Madre; más aún, la sitúa en la perspectiva correcta: en efecto, María es verdadera Madre de Dios precisamente



en virtud de su relación total con Cristo. Por tanto, glorificando el Hijo se honra a la Madre y honrando a la Madre se glorifica al Hijo. El título de “Madre de Dios”, que hoy la liturgia pone de relieve, subraya la misión única de la Virgen santísima en la historia de la salvación: misión que está en la base del culto y de la devoción que el pueblo cristiano le profesa. En efecto, María no recibió el don de Dios sólo para ella, sino para llevarlo al mundo: en su virginidad fecunda, Dios dio a los hombres los bienes de la salvación eterna. Y María ofrece continuamente su mediación al pueblo de Dios peregrino en la historia hacia la eternidad, como en otro tiempo la ofreció a los pastores de Belén. Ella, que dio la vida terrena al Hijo de Dios, sigue dando a los hombres la vida divina, que es Jesús mismo y su Santo Espíritu. Por esto es considerada Madre de todo hombre que nace a la gracia y a la vez se la invoca como Madre de la Iglesia.



De la homilía en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios (año 2010).



Mensaje para la XLV Jornada Mundial de la Paz (1-1-2012)

EDUCAR A LOS JÓVENES EN LA JUSTICIA Y LA PAZ

1. El comienzo de un Año nuevo, don de Dios a la humanidad, es una invitación a desear a todos, con mucha confianza y afecto, que este tiempo que tenemos por delante esté marcado por la justicia y la paz.

¿Con qué actitud debemos mirar el nuevo año? En el salmo 130 encontramos una imagen muy bella. El salmista dice que el hombre de fe aguarda al Señor «más que el centinela la aurora» (v. 6), lo aguarda con una sólida esperanza, porque sabe que traerá luz, misericordia, salvación. Esta espera nace de la experiencia del pueblo elegido, el cual reconoce que Dios lo ha educado para mirar el mundo en su verdad y no dejarse abatir por las tribulaciones. Os invito a abrir el año 2012 con dicha actitud de confianza. Es verdad que en el año que termina ha aumentado el sentimiento de frustración por la crisis que agobia a la sociedad, al mundo del trabajo y la economía; una crisis cuyas raíces son sobre todo culturales y antropológicas. Parece como si un manto de oscuridad hubiera descendido sobre nuestro tiempo y no dejara ver con claridad la luz del día.

En esta oscuridad, sin embargo, el corazón del hombre no cesa de esperar la aurora de la que habla el salmista. Se percibe de manera especialmente viva y visible en los jóvenes, y por esa razón me dirijo a ellos teniendo en cuenta la aportación que pueden y deben ofrecer a la sociedad. Así pues, quisiera presentar el Mensaje para la XLV Jornada Mundial de la Paz en una perspectiva educativa: «Educar a los jóvenes en la justicia y la paz», convencido de que ellos, con su entusiasmo y su impulso hacia los ideales, pueden ofrecer al mundo una nueva esperanza.

Mi mensaje se dirige también a los padres, las familias y a todos los estamentos educativos y formativos, así como a los responsables en los distintos ámbitos de la vida religiosa, social, política, económica, cultural y de la comunicación. Prestar atención al mundo juvenil, saber escucharlo y valorarlo, no es sólo una oportunidad, sino un deber primario de toda la sociedad, para la construcción de un futuro de justicia y de paz.

Se ha de transmitir a los jóvenes el aprecio por el valor positivo de la vida, suscitando en ellos el deseo de gastarla al servicio del bien. Éste es un deber en el que todos estamos comprometidos en primera persona.

Las preocupaciones manifestadas en estos últimos tiempos por muchos jóvenes en diversas regiones del mundo expresan el deseo de mirar con fundada esperanza el futuro. En la actualidad, muchos son los aspectos que les preocupan: el deseo de recibir una formación que los prepare con más profundidad a afrontar la realidad, la dificultad de formar una familia y encontrar un

puesto estable de trabajo, la capacidad efectiva de contribuir al mundo de la política, de la cultura y de la economía, para edificar una sociedad con un rostro más humano y solidario.

Es importante que estos fermentos, y el impulso idealista que contienen, encuentren la justa atención en todos los sectores de la sociedad. La Iglesia mira a los jóvenes con esperanza, confía en ellos y los anima a buscar la verdad, a defender el bien común, a tener una perspectiva abierta sobre el mundo y ojos capaces de ver «cosas nuevas» (Is 42,9; 48,6).

Los responsables de la educación

2. La educación es la aventura más fascinante y difícil de la vida. Educar –que viene de *educere* en latín– significa conducir fuera de sí mismos para introducirlos en la realidad, hacia una plenitud que hace crecer a la persona. Ese proceso se nutre del encuentro de dos libertades, la del adulto y la del joven. Requiere la responsabilidad del discípulo, que ha de estar abierto a dejarse guiar al conocimiento de la realidad, y la del educador, que debe estar dispuesto a darse a sí mismo. Por eso, los testigos auténticos, y no simples dispensadores de reglas o informaciones, son más necesarios que nunca; testigos que sepan ver más lejos que los demás, porque su vida abarca espacios más amplios. El testigo es el primero en vivir el camino que propone.

¿Cuáles son los lugares donde madura una verdadera educación en la paz y en la justicia? Ante todo la familia, puesto que los padres son los primeros educadores. La familia es la célula originaria de la sociedad. «En la familia es donde los hijos aprenden los valores humanos y cristianos que permiten una convivencia constructiva y pacífica. En la familia es donde se aprende la solidaridad entre las generaciones, el respeto de las reglas, el perdón y la acogida del otro». Ella es la primera escuela donde se recibe educación para la justicia y la paz.

Vivimos en un mundo en el que la familia, y también la misma vida, se ven constantemente amenazadas y, a veces, destrozadas. Unas condiciones de trabajo a menudo poco conciliables con las responsabilidades familiares, la preocupación por el futuro, los ritmos de vida frenéticos, la emigración en busca de un sustento adecuado, cuando no de la simple supervivencia, acaban por hacer difícil la posibilidad de asegurar a los hijos uno de los bienes más preciosos: la presencia de los padres; una presencia que les permita cada vez más compartir el camino con ellos, para poder transmitirles esa experiencia y cúmulo de certezas que se adquieren con los años, y que sólo se pueden comunicar pasando juntos el tiempo. Deseo decir a los padres que no se desanimen. Que exhorten con el ejemplo de su vida a los hijos a que



pongan la esperanza ante todo en Dios, el único del que mana justicia y paz auténtica.

Quisiera dirigirme también a los responsables de las instituciones dedicadas a la educación: que vigilen con gran sentido de responsabilidad para que se respete y valore en toda circunstancia la dignidad de cada persona. Que se preocupen de que cada joven pueda descubrir la propia vocación, acompañándolo mientras hace fructificar los dones que el Señor le ha concedido. Que aseguren a las familias que sus hijos puedan tener un camino formativo que no contraste con su conciencia y principios religiosos.

Que todo ambiente educativo sea un lugar de apertura al otro y a lo trascendente; lugar de diálogo, de cohesión y de escucha, en el que el joven se sienta valorado en sus propias potencialidades y riqueza interior, y aprenda a apreciar a los hermanos. Que enseñe a gustar la alegría que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna.

Me dirijo también a los responsables políticos, pidiéndoles que ayuden concretamente a las familias e instituciones educativas a ejercer su derecho-deber de educar. Nunca debe faltar una ayuda adecuada a la maternidad y a la paternidad. Que se esfuercen para que a nadie se le niegue el derecho a la instrucción y las familias puedan elegir libremente las estructuras educativas que consideren más idóneas para el bien de sus hijos. Que trabajen para favorecer el reagrupamiento de las familias divididas por la necesidad de encontrar medios de subsistencia. Ofrezcan a los jóvenes una imagen límpida de la política, como verdadero servicio al bien de todos.

No puedo dejar de hacer un llamamiento, además, al mundo de los medios, para que den su aportación educativa. En la sociedad actual, los medios de comunicación de masas tienen un papel particular: no sólo informan, sino que también forman el espíritu de sus destinatarios y, por tanto, pueden dar una aportación notable a la educación de los jóvenes. Es importante tener presente que los lazos entre educación y comunicación son muy estrechos: en efecto, la educación se produce mediante la comunicación, que influye positiva o negativamente en la formación de la persona.

También los jóvenes han de tener el valor de vivir ante todo ellos mismos lo que piden a quienes están en su entorno. Les corresponde una gran responsabilidad: que tengan la fuerza de usar bien y conscientemente la libertad. También ellos son responsables de la propia educación y formación en la justicia y la paz.

Educación en la verdad y en la libertad

3. San Agustín se preguntaba: «*Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem?*» - ¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad?». El rostro humano de una

sociedad depende mucho de la contribución de la educación a mantener viva esa cuestión insoslayable. En efecto, la educación persigue la formación integral de la persona, incluida la dimensión moral y espiritual del ser, con vistas a su fin último y al bien de la sociedad de la que es miembro. Por eso, para educar en la verdad es necesario saber sobre todo quién es la persona humana, conocer su naturaleza. Contemplando la realidad que lo rodea, el salmista reflexiona: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para que de él te cuides?» (Sal 8,4-5). Ésta es la cuestión fundamental que hay que plantearse: ¿Quién es el hombre? El hombre es un ser que alberga en su corazón una sed de infinito, una sed de verdad –no parcial, sino capaz de explicar el sentido de la vida– porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Así pues, reconocer con gratitud la vida como un don inestimable lleva a descubrir la propia dignidad profunda y la inviolabilidad de toda persona. Por eso, la primera educación consiste en aprender a reconocer en el hombre la imagen del Creador y, por consiguiente, a tener un profundo respeto por cada ser humano y ayudar a los otros a llevar una vida conforme a esta altísima dignidad. Nunca podemos olvidar que «el auténtico desarrollo del hombre concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones», incluida la trascendente, y que no se puede sacrificar a la persona para obtener un bien particular, ya sea económico o social, individual o colectivo.

Sólo en la relación con Dios comprende también el hombre el significado de la propia libertad. Y es cometido de la educación el formar en la auténtica libertad. Ésta no es la ausencia de vínculos o el dominio del libre albedrío, no es el absolutismo del yo. El hombre que cree ser absoluto, no depender de nada ni de nadie, que puede hacer todo lo que se le antoja, termina por contradecir la verdad del propio ser, perdiendo su libertad. Por el contrario, el hombre es un ser relacional, que vive en relación con los otros y, sobre todo, con Dios. La auténtica libertad nunca se puede alcanzar alejándose de Él.

La libertad es un valor precioso, pero delicado; se la puede entender y usar mal. «En la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio “yo”. Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las



relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común».

Para ejercer su libertad, el hombre debe superar por tanto el horizonte del relativismo y conocer la verdad sobre sí mismo y sobre el bien y el mal. En lo más íntimo de la conciencia el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz lo llama a amar, a hacer el bien y huir del mal, a asumir la responsabilidad del bien que ha hecho y del mal que ha cometido. Por eso, el ejercicio de la libertad está íntimamente relacionado con la ley moral natural, que tiene un carácter universal, expresa la dignidad de toda persona, sienta la base de sus derechos y deberes fundamentales, y, por tanto, en último análisis, de la convivencia justa y pacífica entre las personas.

El uso recto de la libertad es, pues, central en la promoción de la justicia y la paz, que requieren el respeto hacia uno mismo y hacia el otro, aunque se distancie de la propia forma de ser y vivir. De esa actitud brotan los elementos sin los cuales la paz y la justicia se quedan en palabras sin contenido: la confianza recíproca, la capacidad de entablar un diálogo constructivo, la posibilidad del perdón, que tantas veces se quisiera obtener pero que cuesta conceder, la caridad recíproca, la compasión hacia los más débiles, así como la disponibilidad para el sacrificio.

Educar en la justicia

4. En nuestro mundo, en el que el valor de la persona, de su dignidad y de sus derechos, más allá de las declaraciones de intenciones, está seriamente amenazado por la extendida tendencia a recurrir exclusivamente a los criterios de utilidad, del beneficio y del tener, es importante no separar el concepto de justicia de sus raíces transcendentales. La justicia, en efecto, no es una simple convención humana, ya que lo que es justo no está determinado originariamente por la ley positiva, sino por la identidad profunda del ser humano. La visión integral del hombre es lo que permite no caer en una concepción contractual de la justicia y abrir también para ella el horizonte de la solidaridad y del amor.

No podemos ignorar que ciertas corrientes de la cultura moderna, sostenida por principios económicos racionalistas e individualistas, han sustraído al concepto de justicia sus raíces transcendentales, separándolo de la caridad y la solidaridad: «La “ciudad del hombre” no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teológico y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo».

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados» (Mt 5,6). Serán

saciados porque tienen hambre y sed de relaciones rectas con Dios, consigo mismos, con sus hermanos y hermanas, y con toda la creación.

Educar en la paz

5. «La paz no es sólo ausencia de guerra y no se limita a asegurar el equilibrio de fuerzas adversas. La paz no puede alcanzarse en la tierra sin la salvaguardia de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad». La paz es fruto de la justicia y efecto de la caridad. Y es ante todo don de Dios. Los cristianos creemos que Cristo es nuestra verdadera paz: en Él, en su cruz, Dios ha reconciliado consigo al mundo y ha destruido las barreras que nos separaban a unos de otros (cf. Ef 2,14-18); en Él, hay una única familia reconciliada en el amor. Pero la paz no es sólo un don que se recibe, sino también una obra que se ha de construir. Para ser verdaderamente constructores de la paz, debemos ser educados en la compasión, la solidaridad, la colaboración, la fraternidad; hemos de ser activos dentro de las comunidades y atentos a despertar las conciencias sobre las cuestiones nacionales e internacionales, así como sobre la importancia de buscar modos adecuados de redistribución de la riqueza, de promoción del crecimiento, de la cooperación al desarrollo y de la resolución de los conflictos. «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios», dice Jesús en el Sermón de la Montaña (Mt 5,9).

La paz para todos nace de la justicia de cada uno y ninguno puede eludir este compromiso esencial de promover la justicia, según las propias competencias y responsabilidades. Invito de modo particular a los jóvenes, que mantienen siempre viva la tensión hacia los ideales, a tener la paciencia y constancia de buscar la justicia y la paz, de cultivar el gusto por lo que es justo y verdadero, aun cuando esto pueda comportar sacrificio e ir contracorriente.

Levantar los ojos a Dios

6. Ante el difícil desafío que supone recorrer la vía de la justicia y de la paz, podemos sentirnos tentados de preguntarnos como el salmista: «Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?» (Sal 121,1).

Deseo decir con fuerza a todos, y particularmente a los jóvenes: «No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico [...], mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y ¿qué puede salvarnos sino el amor?». El amor se complace en la verdad, es la fuerza que nos hace capaces de comprometernos con la

EPIFANÍA DEL SEÑOR

verdad, la justicia, la paz, porque todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (cf. 1 Co 13,1-13).

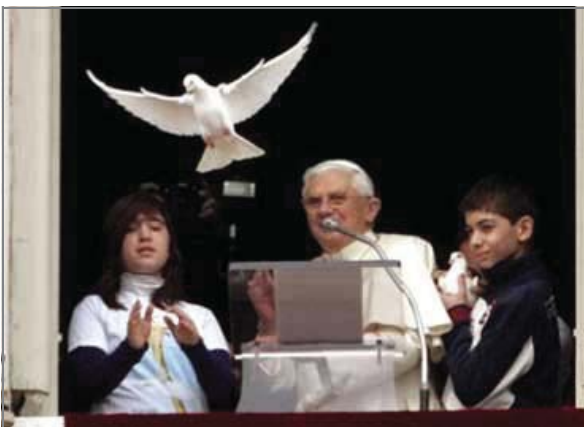
Queridos jóvenes, vosotros sois un don precioso para la sociedad. No os dejéis vencer por el desánimo ante las dificultades y no os entreguéis a las falsas soluciones, que con frecuencia se presentan como el camino más fácil para superar los problemas. No tengáis miedo de comprometeros, de hacer frente al esfuerzo y al sacrificio, de elegir los caminos que requieren fidelidad y constancia, humildad y dedicación. Vivid con confianza vuestra juventud y esos profundos deseos de felicidad, verdad, belleza y amor verdadero que experimentáis. Vivid con intensidad esta etapa de vuestra vida tan rica y llena de entusiasmo.

Sed conscientes de que vosotros sois un ejemplo y estímulo para los adultos, y lo seréis cuanto más os esforcéis por superar las injusticias y la corrupción, cuanto más deseéis un futuro mejor y os comprometáis en construirlo. Sed conscientes de vuestras capacidades y nunca os encerréis en vosotros mismos, sino sabed trabajar por un futuro más luminoso para todos. Nunca estáis solos. La Iglesia confía en vosotros, os sigue, os anima y desea ofreceros lo que tiene de más valor: la posibilidad de levantar los ojos hacia Dios, de encontrar a Jesucristo, Aquel que es la justicia y la paz.

A todos vosotros, hombres y mujeres preocupados por la causa de la paz. La paz no es un bien ya logrado, sino una meta a la que todos debemos aspirar. Miremos con mayor esperanza al futuro, animémonos mutuamente en nuestro camino, trabajemos para dar a nuestro mundo un rostro más humano y fraterno y sintámonos unidos en la responsabilidad respecto a las jóvenes generaciones de hoy y de mañana, particularmente en educarlas a ser pacíficas y artífices de paz. Consciente de todo ello, os envío estas reflexiones y os dirijo un llamamiento: unamos nuestras fuerzas espirituales, morales y materiales para «educar a los jóvenes en la justicia y la paz».

Vaticano, 8 de diciembre de 2011.

BENEDICTUS PP XVI



En la solemnidad de la Epifanía la Iglesia sigue contemplando y celebrando el misterio del nacimiento de Jesús salvador. En particular, la fiesta de hoy subraya el destino y el significado universales de este nacimiento. Al hacerse hombre en el seno de María, el Hijo de Dios vino no sólo para el pueblo de Israel, representado por los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada por los Magos. El modo para conocer mejor a estos Magos y entender su deseo de dejarse guiar por los signos de Dios es detenernos a considerar lo que encontraron, en su camino, en la gran ciudad de Jerusalén.

Ante todo encontraron al rey Herodes, interesado en el niño para eliminarlo. Herodes es un hombre de poder, que en el otro sólo ve un rival contra el cual luchar. En el fondo, también Dios le parece un rival especialmente peligroso, que querría privar a los hombres de su espacio vital, de su autonomía; un rival que señala el camino que hay que recorrer en la vida y así impide hacer todo lo que se quiere.

Herodes es un personaje que no nos cae simpático. Pero deberíamos preguntarnos: ¿hay algo de Herodes también en nosotros? ¿También nosotros, a veces, vemos a Dios como una especie de rival? ¿También nosotros somos ciegos ante sus signos, sordos a sus palabras, porque pensamos que pone límites a nuestra vida y no nos permite disponer de nuestra existencia como nos plazca? Cuando vemos a Dios de este modo, debemos sentirnos insatisfechos y descontentos. Debemos alejar de nuestra mente y de nuestro corazón la idea de la rivalidad, la idea de que dar espacio a Dios es un límite para nosotros mismos; debemos abrirnos a la certeza de que Dios es el amor omnipotente que no quita nada, no amenaza; más aún, es el único capaz de ofrecernos la posibilidad de vivir en plenitud, de experimentar la verdadera alegría.

Los Magos, luego, se encuentran con los expertos que lo saben todo sobre las Sagradas Escrituras y a los que –en el decir de san Agustín– les gusta ser guías para los demás, indican el camino, pero no caminan, se quedan inmóviles. Podemos preguntarnos de nuevo: ¿no existe también en nosotros la tentación de considerar las Sagradas Escrituras más como un objeto de estudio y de debate de especialistas que como el Libro que nos señala el camino para llegar a la vida?

Pasemos ahora a la estrella. Esos hombres buscaban las huellas de Dios; trataban de leer su “firma” en la creación. Pero, al ser hombres sabios, sabían que es con los ojos profundos de la razón en busca del sentido último de la realidad y con el deseo de Dios suscitado por la fe, como resulta posible que Dios se acerque a



BAUTISMO DEL SEÑOR



nosotros. El universo no es el resultado de la casualidad. Al contemplarlo, se nos invita a leer en él la sabiduría del Creador, la inagotable fantasía de Dios, su infinito amor por nosotros. En la belleza del mundo, en su misterio, en su grandeza y en su racionalidad no podemos menos de leer la racionalidad eterna. Si tenemos esta mirada, veremos que el que creó el mundo y el que nació en una cueva en Belén y sigue habitando entre nosotros en la Eucaristía son el mismo Dios vivo, que nos interpela, nos ama y quiere llevarnos a la vida eterna.

Sobre la gran ciudad la estrella desaparece. Para aquellos hombres era lógico buscar al nuevo rey en el palacio real. Pero, probablemente con asombro, tuvieron que constatar que aquel recién nacido no se encontraba en los lugares del poder y de la cultura, aunque en esos lugares se daban valiosas informaciones sobre él. En cambio, se dieron cuenta de que a veces el poder, incluso el del conocimiento, obstaculiza el camino hacia el encuentro con aquel Niño. Entonces la estrella los guió a Belén, una pequeña ciudad; los guió hasta los pobres, hasta los humildes, para encontrar al Rey del mundo. Los criterios de Dios son distintos de los de los hombres. Dios no se manifiesta en el poder de este mundo, sino en la humildad de su amor, un amor que pide a nuestra libertad acogerlo para transformarnos. El poder de Dios se manifiesta de un modo muy distinto: en Belén, donde encontramos la aparente impotencia de su amor. Y es allí a donde debemos ir y es allí donde encontraremos la estrella de Dios.

Un último elemento importante del episodio de los Magos: el lenguaje de la creación nos permite recorrer un buen tramo del camino hacia Dios, pero no nos da la luz definitiva. Al final, para los Magos fue imprescindible escuchar la voz de las Sagradas Escrituras: sólo ellas podían indicarles el camino. La Palabra de Dios es la verdadera estrella que, en la incertidumbre de los discursos humanos, no ofrece el inmenso esplendor de la verdad divina. Dejémosnos guiar por la estrella, que es la Palabra de Dios. Nuestro camino estará siempre iluminado por una luz que ningún otro signo puede darnos. Y también nosotros podremos convertirnos en estrellas para los demás, reflejo de la luz que Cristo ha hecho brillar sobre nosotros.

De la homilía en la solemnidad de la Epifanía del Señor (año 2010).

Jesús fue de Galilea al río Jordán para que lo bautizara Juan. Aunque se llamara bautismo, no tenía el valor sacramental del rito que celebramos hoy; con su muerte y resurrección Jesús instituye los sacramentos y hace nacer la Iglesia. El que administraba Juan era un acto penitencial, un gesto que invitaba a la humildad frente a Dios.

Por esto, cuando Juan Bautista ve a Jesús que, en fila con los pecadores, va para que lo bautice, se sorprende; al reconocer en él al Mesías, al Santo de Dios, a aquel que no tenía pecado, Juan manifiesta su desconcierto: él mismo, el que bautizaba, habría querido hacerse bautizar por Jesús. Pero Jesús lo exhorta a no oponer resistencia, a aceptar realizar este acto, para hacer lo que es conveniente para “cumplir toda justicia”. Con esta expresión Jesús manifiesta que vino al mundo para hacer la voluntad de aquel que lo mandó, para realizar todo lo que el Padre le pide; aceptó hacerse hombre para obedecer al Padre. El bautismo de Jesús se sitúa en esta lógica de la humildad y de la solidaridad: es el gesto de quien quiere hacerse en todo uno de nosotros y se pone realmente en la fila de los pecadores; él, que no tiene pecado, deja que lo traten como pecador, para cargar sobre sus hombros el peso de la culpa de toda la humanidad, también de nuestra culpa. El gesto de Jesús anticipa la cruz, la aceptación de la muerte por los pecados del hombre. Este acto de anonadamiento manifiesta la plena sintonía de voluntad y de fines que existe entre las personas de la santísima Trinidad. Para ese acto de amor, el Espíritu de Dios se manifiesta como paloma y baja sobre él, y en aquel momento el amor que une a Jesús al Padre se testimonia a cuantos asisten al bautismo mediante una voz desde lo alto que todos oyen. El Padre manifiesta abiertamente a los hombres la comunión profunda que lo une al Hijo: la voz que resuena desde lo alto, atestigua que Jesús es obediente en todo al Padre y que esta obediencia es expresión del amor que los une entre sí. Por eso, el Padre se complace en Jesús, porque reconoce en las acciones del Hijo el deseo de seguir en todo su voluntad.

De la homilía en la fiesta del Bautismo del Señor (año 2010).

